

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La autoridad

NADIE RESPETA HOY A LA AUTORIDAD

Por todas partes corre el huracán de la rebelión. En todo el mundo se levantan los de abajo contra los de arriba. La anarquía llega a su máximo; el maximalismo es hoy el que ha tomado la bandera de guerra; y la lleva por todas partes. Y la bandera maximalista o bolchevikista es contra toda autoridad y aun contra toda clase superior; es poner arriba lo que estaba debajo; los suelos, en las tejadas, y los tejados, en los suelos. Se han relajado todos los vínculos morales de respeto a la autoridad en todos los órdenes. La rebelión se ha establecido en la familia, en el orden político, en el orden social en el orden militar y hasta en el orden religioso.

Es preciso que todos nos demos cuenta de la enorme barbaridad que estamos cometiendo, desprestigiando y desobedeciendo a la autoridad.

LA AUTORIDAD ES BUENA

Porque, en efecto, la autoridad viene de Dios; es un don de Dios a la humanidad. Dice El en el libro que no tiene ningún engaño, en laagrada Biblia: «Por Mi reinan los reyes y legislan con justicia los legisladores.» Y en otra parte dice: «Toda potestad viene de Dios y quien resista a la autoridad de Dios,» Obedecer, pues, o desobedecer a la autoridad, es obedecer o desobedecer a Dios. Y todo el que crea en Dios debe reconocer a la autoridad en nombre de Dios. Y como todo lo que da Dios es bueno, la autoridad es buena y muy buena. Como que es uno de los mayores bienes de la humanidad, tan buena como el aire y la luz para la vida corporal.

LA AUTORIDAD ES GLORIOSA

Quiero decir que la autoridad no humilla, no rebaja al hombre, no le degrada, como algunos piensan. Antes lo realza y lo eleva. Si obedeciésemos al hombre por el hombre y nos humillásemos a un igual a nosotros, sin más razón que porque tiene un galón, un basón, un cetro, una corona... entonces, si, no humilla-

riamos. Mas quien se sujeta a otro Dios porque representa a Dios; ese se glorifica, porque glorifica y honra a su Creador y Padre. Acaso eres más fuerte que el que posee la autoridad, y la respetas, acaso eres más rico, más influyente, más sabio, y te sujetas. Es glorioso, porque no sujeta al hombrecillo que es como tú un mortal, sino a Dios y por Dios, porque a su representante tú acaso le superas.

LA AUTORIDAD ES UTIL

La autoridad es útil para obtener la unidad tan necesaria en toda Sociedad. Con autoridad puede haber orden, mutuo respeto, paz, unidad y en fin, sociedad. La autoridad es útil para todos, y sobre todo es útil para el débil, para el pobre, para el humilde. Porque sujeta la fuerza a la razón, y protege al que la tiene, aunque sea débil, para que sus derechos sean respetados. La autoridad puede examinar, dirigir y repartir todas las energías y a actividades del modo más conveniente y provechoso para el fin de la sociedad.

LA AUTORIDAD ES NECESARIA

No sólo es útil, es absolutamente necesaria. Si los hombres fuésemos todos sabios y prudentes, si además fuésemos virtuosos y honrados, acaso podríamos dispensarnos de la autoridad en muchas cosas, no en todas. Pero siendo como es la mayor parte de la humanidad incapaz de regirse, y sobre todo, más o menos apasionada, interesada, egoísta, viciosa, mala, la autoridad es necesaria.

Es cuestión de vida o muerte. Si hay autoridad vivirá la sociedad; si no hay autoridad sucumbirá lo mismo la sociedad civil que la sociedad fabril, que la familia, que la sociedad religiosa.

Cuestión de vida o muerte; cuestión de si hemos de vivir como hombre o como animales; cuestión de si nos hemos de unir y apoyar como ciudadanos o nos hemos de morder como lobos; cuestión de si hemos de llegar a un individualismo feroz y egoísta o si hemos de formar sociedad humana, que es el fundamento esencial de la civilización. Cuestión, en fin, de si hemos de tener que comer y que vestir y con qué vivir, no hemos de acu-

dir el pie al esqueleto y a la ciza y a la pascua como los salvajes.

Si no se acatada la autoridad, no es posible progreso alguno, ni civilización de ninguna clase ni paz, ni bienestar. No es posible la industria, ni el comercio, ni la educación, ni la formación de tantos hombres como son necesarios para regirnos, ni siquiera la agricultura, ni en fin, la defensa y seguridad contra los ladrones, bandidos y criminales de todo género.

Hay un dilema terrible; o autoridad y fuerza organizada, o anarquía y fuerza bruta. Se podrá quitar una autoridad; la autoridad legítima, la autoridad prudente a comedida. Pero en seguida surgirá la autoridad tiránica, irracional, violenta.

LA AUTORIDAD ES AGRADABLE

¡Qué imprudentes y qué enemigos de nosotros mismos somos cuando nos rebelamos contra la autoridad legítima! Al proceder así, buscamos nuestro bien particular y momentáneo, algún alivio presente, y nos alucinamos con esto. Pero, en cambio, de un bien particular acaso tendremos después que soportar mil males peores. Sin autoridad no hay sujeción; sin sujeción no hay orden sin orden no hay paz; sin paz no hay gusto. La paz es lo más amable de la vida, y sin autoridad no puede haber paz, sino guerra y división hondísima. Persuadete que o que hace más agradable y segura la vida humana es la autoridad. Y lo más horrible y repulsivo de la anarquía, que es la falta de autoridad.

R (S.J.)

Estudios Sociales

LA PASION DEL JUEGO

El juego es un abismo sin fondo ni ribera

Nada decimos de los maniáticos del estudio, ni de los de la música, ni los del orden, ni de los coleccionistas, sólo nos paramos en consideraciones acerca de otros maniáticos: los del juego.

La manía del juego se remonta a la más alta antigüedad, y en

todos los pueblos se encuentran vestigios de ella; sólo el pueblo judío estuvo exento de ella, antes de su dispersión; pero alcanzó luego, desde que trataron a los griegos, quienes jugaban ya antes del sitio de Troya.

Los romanos se hicieron jugadores mucho tiempo antes de la destrucción de su república. En balde las leyes romanas no permitieron jugar más que hasta cierta suma; en vano trató Juvenal contra los que llevaban cajitas llenas de oro para aventurarlas en un solo golpe de dados; en balde fueron los clamores; la pasión de los juegos de azar hizo tales progresos en Roma, que hacia la época en que Constantino abandonó aquella ciudad para no volver más a ella, todo el mundo, y hasta el populacho, se entregaba con furor al juego, y fué tal el vértigo por esta pasión, llevándola con tales excesos, que después de haberlo perdido todo en el juego de los dados, se jugaban a sí mismos en una apuesta. Entonces, el vencido se podía voluntariamente a las órdenes de su adversario y se dejaba maniatar y vender a los extranjeros. La preocupación, que mira las deudas del juego como las más sagradas de todas, como *deudas de honor*, nos vino probablemente de la rigurosa exactitud de los germanos en cumplir esa suerte de compromisos. Los unos iban todavía más allá: San Ambrosio cuenta de éstos, que después de haber puesto al juego lo que más apreciaban, que eran sus armas, se jugaban la vida y se daban a veces la muerte, aun cuando no lo exigiese el que había ganado.

En Nápoles y otras muchas ciudades de Italia, hubo hombres del pueblo que jugaban su libertad por un tiempo dado. Asegúrase que un veneciano se jugó a su mujer; un chino se jugó a su mujer y a sus hijos. En Moscú, en San Petersburgo, no sólo se jugaba el dinero, los muebles y las tierras, sino también a los que las cultivaban, de suerte que familias enteras pasaban sucesivamente a varios amos en un solo día.

Curiosísimo fuera por cierto el libro que compendiasse todos los golpes de locura a que ha dado